Todas las noches principalmente los Martes y los Viernes, se oía por las calles de la ciudad según cuentan antíguas crónicas, la voz penetrante y prolongada del coyote, que llenaba de miedo a los vecinos y a cuantos trasnochaban por aquellas silenciosas calles de la ciudad; la ronda perseguía al coyote; la gente le rezaba y le dirigían exorcismos; pero todo era inútil ante la constante y amenazadora presencia nocturna del animal.

Entre cuchicheos murmuradores de vecinas, se decía que, del patio de doña Juana al toque de las once de la noche, salía el coyote; y que era la Teodora la que se transformaba en ese animal, por obra del Diablo con el que tenía hecho pacto. Al hermano de ella le contaron la penosa versión y se puso en vigilancia de su hermana, y con horror y espanto vió, que la Teodora cuando ya todos dormían, se salía al patio y tendía un cuero de buey sobre el que se ponía de piés completamente desnuda, y después de hacer ciertos pases extraños y llamados con las manos, ponía la mirada en lo alto y con voz ahuecada y lenta decía: "caiga carne, caiga carne", la que, al instante quedaba en el cuero, y encorvando la osamente salía corriendo a la calle convertida en coyote. A las tres de la mañana veía llegar al coyote al cuero y oía la misma voz que decía "sube carne, sube carne", que, obedeciendo prestamente cubría el cuerpo de Teodora, que se iba directamente a su cama

Temeroso Julián de la ira de Dios y lleno de miedo y terror se fué sin contarle nada a su madre, a donde los Padres de la Iglesia de San Francisco a consultarles el terrible caso, y, éstos le dieron un vaso con agua bendita para que la regara sobre lo que quedaba Teodora en el cuero y unas reliquias que las debía colocar encima Llegada la noche y cumpliendo Julián con las prescripciones de los Padres se quedó en espera de la vuelta del coyote; ¡más, qué horror! al dar el reloj de Catedral las tres de la madrugada oye el aullido del coyote que entra al patio y se va directamente al cuero; pero al llegar a éste, dió un grito de espanto y angustia y salió en vertiginosa carrera a la calle convertida para siempre en coyote, desapareciendo al instante los despojos de Teodora; y fué desde ese momento que Teodora desapareció de la casa y sólo al peso de la media noche se oía con terror de los vecinos el aullido lastimero del coyote, rondando lo que ántes fué para ella el hogar de sus delicias y encantos

El Diablo se llevó el Alma de la Gabriela.

En la misma comprensión urbana del barrio de San Francisco en la precisa línde con el de San Felipe, vivía GABRIELA, joven morena, de mirada ardiente y encendido rostro, en vída aparentemente maridable con Jacinto Blanco, mozo alegre, de la guitarra y el aguardiente, en las noches de fiesta, de alegrías cumpleañeras y de santos. Todo en ellos era regocijo y alborozo; la lumbre del fogón se encendía al despuntar el alba y sólo se apagaba a la hora del sueño en la quietud de la noche, que brinda el suave descanso a las fatigas del día.

GABRIELA amaba entrañablemente a su concubinario JACINTO y juraba no vivir jamás separada de él; y, cuando álguien le insinuaba una separación para bién de su alma, su rostro tomaba una trágica expresión y como una lengua de fuego impulsada por el viento, se retorcía y gritaba con acentos de loca: "primero muerta que vivir sin él". Un día, una vecina de GABRIELA supo en la "pulpería" del barrio, que Jacinto tenía novia y que pronto se casaba con ella; poco fué el tiempo para correr ésta imprudente mujer a casa de Gabriela a contarle lo que se decía; con ésto concluyó el placer para ella y empezó su martirio y su dolor Ni una pregunta, ni una queja para Jacinto, que ignoraba lo que pasaba en su amasía.

Se llega la noche del 25 de Enero en la que Gabriela se sintió desesperada y aturdida por el tormento espantoso de los celos, y a las siete se presenta Jacinto, su hora de costumbre con dos amigos, con la guitarra en la mano y la botella de aguardiente. GABRIELA con invencible cansancio, los ojos arrasados en lágrimas y en un enigmático misterio se acercó a Jacinto en el momento preciso en que hacía el preludio de las notas de su instrumento para entonar una canción; y, con voz trémula pero firme, le dice: "Jacinto ¿De verdad te vas a casar? Este, sín reparar en que GABRIELA presentaba la imágen de la muerte, le contestó con un impremeditado "sí", como una frase dentro de la mísma canción. GABRIELA dió un salto hacia atrás y como una visión en las sombras de la noche, corrió directamente al patio hacia un árbol de Jícaro al que tenía sujetado un puñal, y sín que nadie pudiese contenerla, se arrojó precipitadamente sobre el arma que fríamente la esperaba, y, le partió el corazón; y así quedó, lívida y ensangrentada sobre el árbol, en un remedo de abrazo de pasión.

El reloj de la Iglesia da las nueve de la noche, y bajo del mísmo árbol colocan un petate sobre el que tienden al cadáver de la suicida entre cuatro candelas de cera El vecindario entero está presente en el "velorio" lleno de impresión, pero más